

Toque de clarín: el peligro exterior de las democracias

JEAN-FRANgois REVEL: *Comment les démocraties finissent*. París, Bernard Grasset, 1983.

En el umbral mismo del año 1984, de resonancias *orwellianas* tan precisas, aparece —lejos de la fantasía futurista, abrumado de datos, precisiones, fechas y nombres— un «1984» bien distinto (¿o tal vez el mismo?). Quizá el mismo, en cuanto a la certeza del «infierno tan temido». Con seguridad otro, en cuanto a la identidad del «Big Brothér» y en cuanto a la precisión del universo totalitario que (¿fatalmente?) nos aguarda y la vía cierta de llegar a él. En efecto, no se trata ya de suscitar la vaga inquietud de un poder *totalitario-tecnológico-bienhechor* (Orwell), sino de presentar con precisión la feroz guerra que el gran adversario de la democracia (el *comunismo expansionista* dirigido por la *Unión Soviética*) está librando contra las democracias occidentales en todo el planeta. Y se trata de ver cómo, *una tras otra, va ganando todas las batallas*. En el horizonte, la certidumbre de la gran derrota final, la conquista del planeta por el comunismo. Sin salida, sin que siquiera la *denuncia* se presente como un *revulsivo* para el contraataque. Revel no puede ser más claro: «El objeto de este libro es describir en detalle la implacable máquina de eliminar la democracia en que se ha convertido el mundo en que vivimos. Quizá se pueda encontrar cierta satisfacción en comprenderla, a falta de poder detenerla» (pág. 13).

Llegado a este punto, tal vez el lector

piense que se halla ante una pieza de grosera propaganda antisoviética, obra de un extremista al servicio de quién sabe qué oscuros intereses. Modo de pensar que —dicho sea entre paréntesis— es una de las claves importantes de la situación a que hemos llegado. Sucede, sin embargo, que la biografía de Jean-Francois Revel da poco fundamento a tan confortable excusa para evitarse la lectura. Revel, personalidad multifacética que combina la «*joie de vivre*» hedonista del gastrónomo con la sutileza intelectual del pensador, es un teórico del pensamiento demócrata-liberal (no sé si al autor le agradaría tal etiqueta) que a lo largo de más de dos décadas ha ido acumulando una producción notable de ensayismo político (*Ni Marx ni Jesús, La tentación totalitaria* y, finalmente, *La gracia del Estado*, vertido al español como *El Estado megalómano*). Al tiempo se trata de un periodista renovador y —en el buen sentido de la expresión— *progresista*, que ha dejado la impronta de su estilo en publicaciones como *L'Express*, que dirigió hasta poco después del triunfo socialista de mayo de 1981 y que abandonó, precisamente, por el *irreductible apego a la libertad* que Revel profesa como una especie de religión civil. Este personaje humanamente fascinante, que es, por otra parte, un profundo conocedor y amigo de España y de los españoles, resulta así difícilmente encasillable en cualquiera de las subespe-

cíes de anticomunismo clásico o «nouvelle droite».

Y ahí reside la novedad, el interés, el motivo para la angustia... y —en mi modesta opinión— también para la esperanza (más tarde diré por qué). De repente un ciudadano «más allá de toda sospecha» se convierte en la voz que clama en el desierto. Pero aún más: no es una voz profética que insinúe el camino de redención. Para Revel no existe «way out». A modo de machacón notario, certifica, levanta acta, atestigua: la *batalla* está decidida, es cuestión de tiempo. Y el viento de esperanza que tenuemente sopla en algunas páginas no se refiere al futuro probable, sino casi a un *metafuturo* incierto: «Cabe igualmente que la civilización democrática no muera para siempre, que nos hallemos tan sólo al término de un ciclo que, al concluir, pondrá punto final a un primer período de libertades individuales en el sentido en que la democracia moderna las entiende. La Humanidad toda sucumbiría entonces bajo la dominación comunista. Más tarde se sublevaría contra el comunismo, que, careciendo ya de cómplices exteriores sobre los que apoyarse, así como de futuras víctimas a las que reducir a la esclavitud y economías capitalistas a expensas de las que vivir, manifestaría —sin que hubiera ya excusa posible— su incapacidad para dirigir una sociedad humana y no podría hacer frente a la insurrección interna de sus miembros ni encarcelarlos o exterminarlos a todos. Así, pues, cuando al cabo de algunos siglos la hipoteca socialista hubiera sido levantada por la Humanidad, podría comenzar un mero ciclo democrático» (páginas 17-18). Tal es toda la esperanza.

La estrategia de la araña

El minucioso relato de Revel tiene, pues, por objeto desvelar cómo se está produciendo desde los mismos orígenes de la implantación del régimen soviético un proceso permanente de asalto a las democracias occidentales y cuál es el resultado de tal proceso. Relato que en su riqueza sería vano intentar sintetizar, puesto que valen tanto las conclusiones como su soporte empírico-histórico. Me interesa más bien des-

tacar ciertos hallazgos que constituyen —más allá de la solidez del discurso global— claves explicativas importantes y, hasta ahora, insuficientemente explicitadas.

En primer lugar, la cuestión del método. Si uno examina los impresionantes avances territoriales y de influencia realizados por la URSS fundamentalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, puede descubrir cómo ciertas reglas metódicas operan sistemáticamente en los comportamientos que dan lugar a tales victorias: «Los éxitos surgen de la fidelidad de un método, que comprende entre sus principios la continuidad de la acción en el tiempo, la recapitulación constante de las razones de ser de la acción y, finalmente, la aceptación de la lentitud como medio de alcanzar resultados sólidos e irreversibles» (pág. 102). Es cierto que el comunismo ha perdido algunas batallas. Pero ha sabido *siempre* extraer las consecuencias correctas para la acción sucesiva de tales derrotas y nunca las ha consolidado en el balance. Cuan diferente este comportamiento del de los occidentales, que hacen de cada revés una cuestión de conciencia, apta para producir un retroceso en la presencia y en la influencia.

Otro terreno en el que el análisis de Revel se manifiesta como particularmente agudo es el de la propaganda y la información. ¿Quién se ocupa hoy de Afganistán? ¿Quién reclama la solidaridad internacional con un pueblo oprimido, invadido y aplastado? ¿Ha pensado alguien en comparar el caso con el de Vietnam y osado imaginar siquiera una crítica permanente a esa guerra en la televisión soviética, como la hubo en la americana sobre la guerra de Vietnam? ¿Por no haberla, no la hay siquiera en las televisiones occidentales!

En las batallas de la información y la propaganda, el celo soviético no conoce descanso. Reposa en un permanente estado de mala conciencia de los occidentales, que les hace asumir inconscientemente el papel del malo de la película, por sólida que sea la evidencia en contrario. Cualquier instrumento vale: la *patraña* más burda adquiere visos de verosimilitud para unas conciencias resignadas —contra toda lógica— a flagelarse moralmente.

El cuadro mental de los occidentales frente al expansionismo soviético es siempre de predisposición a aceptar el papel de

provocadores que hábilmente les asignan los comunistas. Crítica que traspasa las barreras ideológicas y la inserción estructural de los actores. Desde Maggie Thatcher a Helmut Schmidt, de Giscard a Mitterrand, de Carter al presidente del Citycorp Bank, todos parecen dispuestos a asumir su culpa por pertenecer al malvado mundo occidental y a no comprometerse en estrategia alguna que pueda irritar o simplemente disgustar a la *Nomenklatura*. El caso de la cumbre de Versalles, en julio de 1982, tras la ley marcial en Polonia, es ilustrativo de cómo los occidentales (en este caso con la notable excepción de Ronald Reagan) aceptaron el cuadro de situación planteado por los soviéticos y bendijeron por omisión el nuevo desplante de la URSS. La renuncia a utilizar medios de disuasión pacíficos y legítimos —sanciones" económicas y comerciales sobre todo— por parte de los occidentales es una constante de comportamiento basada en un falso análisis de situación que, día a día, va otorgando ventajas estratégicas al otro campo.

La penetración soviética es, sobre todo, *territorial*. No puede ser de otro modo, ya que la debilidad intrínseca del sistema es que sólo se asegura mediante el objetivo final de la eliminación de toda frontera. Si hay un sentimiento de inseguridad en la *Nomenklatura*, éste no proviene de las *fronteras en riesgo* (sólo China plantea abiertamente reivindicaciones territoriales y su poderío militar comparado le impide pasar de las palabras o los «gestos») ni de la *insurrección interior* (aplastada una y otra vez por el terror policíaco). La inseguridad proviene de la «humillante certeza de que en tanto que exista fuera del mundo comunista una sociedad no comunista, los súbditos del imperio tenderán a establecerse en ella o, al menos, soñarán con poder hacerlo» (pág. 92).

No hay, pues, más límite «natural» al expansionismo territorial del comunismo que la eliminación de las fronteras... al pasar todo el planeta a identificarse con el territorio dominado.

Merece también destacarse el fino análisis que se hace de la diplomacia soviética, cuya sutileza contrasta con la ingenuidad de que hacen gala los occidentales. En la perspectiva reciente que otorga el fin de la Conferencia de Seguridad y Cooperación

en Europa, coincidente con el derribo del *Jumbo* surcoreano por los cazas soviéticos, adquieren dramática actualidad las palabras de Revel: «Los soviéticos se apasionan por las conferencias, las cumbres, las visitas, los tratados de amistad, gracias a los cuales sus agresiones se encuentran de algún modo arropadas en los discursos por el solo hecho de que se acepte hablar con ellos» (pág. 53).

Vale la pena preguntarse si no hubiera sido mejor, como Revel preconizó en su día, negarse a convivir con la farsa que supone mantener vivo el «espíritu de Helsinki», del que los soviéticos han usado a su antojo, violándolo cuando así ha convenido a sus intereses.

¿Un rayo de esperanza?

Un libro de tanta riqueza informativa y analítica como el que se comenta es, desde luego, susceptible de lecturas diversas. A título personal, me ha impresionado la lucidez y claridad con que en él se fustiga un modo de aceptar una realidad sustancialmente falsa sin indagar los porqués de tales clisés y deformaciones intelectuales. Y éste es, a mi juicio, el gran mensaje de propuesta que, pese a su declarado escepticismo, el libro de Revel comporta como una especie de mensaje entre líneas. Lo que el autor nos propone es quitarnos la venda de los ojos y aprender a pensar la realidad internacional por nosotros mismos. En el fondo, la amargura no es sino una clave estilística para provocar la lucidez. Este libro es un primer paso importante en esta dirección. Que se lea atentamente y se saquen consecuencias oportunas será un eslabón en el camino de lograr que la profecía se derrote a sí misma. La oportunidad innegable de este *toque de clarín* no debe ser desaprovechada. Desde nuestra perspectiva española, con la OTAN al fondo, sería muy de desear que lo que Revel denuncia no cayera en saco roto.

Otros tienen la palabra. Porque aquí no se trata de elucidar una cuestión partidista, sino de atender a las necesidades que plantea la supervivencia de un modo de vida por el que siempre hemos creído que valía la pena luchar.

JOSÉ IGNACIO WERT